

que cuanto está de su parte, no intenta con su pecado mas que contrariar y destruir la obra de Jesucristo.

Veamos si no, los designios que se propuso este adorable Salvador al venir al mundo; y los que trata de llevar á efecto el que con sus blasfemias ataca á la Religion de palabra ó por escrito. Jesucristo vino á destruir el imperio del demonio,¹ *Ahora será lanzado fuera el Príncipe de este mundo:* y el escandaloso blasfemo no se ejercita, mas que en restablecer el imperio del Príncipe de las tinieblas en los corazones, apagando en ellos las luces de la fé. Jesucristo vino á promulgar un Evangelio lleno de las mas sublimes máximas, y á hacernos observar la ley mas santa y mas justa: y el escritor blasfemo, no contento con despreciar para sí mismo las máximas de este Evangelio, arrastra con sus impiedades á otros infinitos, y los precipita en una rebelion abominable. Jesucristo vino, segun nos dice en su Evangelio,² á traer y á comunicar á los hombres la vida preciosa de la gracia. *Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en mas abundancia:* y el escritor blasfemo destruye en las almas esta vida inestimable, extinguiendo en ellas la fé, que es la primera de las gracias, y como la sávia de aquella vida misma. Jesucristo vino á abrirnos las puertas de la patria celestial, y á buscar las ovejas perdidas, porque segun el Evangelio³ *Vino el Hijo del hombre á buscar y á salvar lo que habia perecido:* y el blasfemo escandaloso hace cuanto está de su parte para precipitar á los hombres en el infierno, y para condenar y perder eternamente lo que habia sido redimido. La Encarnacion, la pasion dolorosa, y la cruel é ignominiosa muerte de Nuestro Señor Jesucristo, se obraron y verificaron para nuestra salud y salvacion, como todo cristiano lo cree y confiesa en el símbolo de la fé *propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de coelis:* y la intencion y los designios del escritor impío y blasfemo, son precisamente arruinar y destruir la virtud y eficacia de aquella sangre adorable, y aniquilar el mérito y el precio de aquella muerte, en que encontramos la vida.

¡Horrendo atentado! Venerables hermanos é hijos nuestros: y que en

1 Evang. de San Juan, c. 12, v. 31.

2 S. Juan, c. 10, v. 10.

3 Luc., c. 19, v. 10.

sentir de San Bernardo¹ sobrepuja en iniquidad y malicia, la malignidad de los mismos judíos, y la crueldad de los verdugos, que crucificaron al Salvador; porque éstos, derramando aquella sangre adorable, cooperaron en cierto modo á la salvacion del género humano; mientras que el escritor impío, no contribuye con sus blasfemias, mas que á la perdicion eterna de los hombres, proponiéndose aniquilar y destruir la obra de Jesucristo. *Et hic est Antichristus.*

Pero lo mas terrible y espantoso es, que de este reato participan y se hacen cómplices infinitos jóvenes, y hombres maduros, que sin retentiva alguna se suscriben á tales publicaciones, en que de intento se denigra y escarnece á la Religion, blasfemando de las cosas santas; las leen sin escrúpulo, y aun las prestan y circulan, como si se tratara de una accion bien inocente. Igualmente participan y se hacen cómplices los padres, madres, y otros Jefes de familia ó superiores, que no tienen cuidado de apartar de las manos de sus hijos ó subordinados, esos escritos llenos de impiedad, y de anticristianismo, ¿Qué importa que la Iglesia no haya prohibido nominalmente muchos de esos escritos, por ser imposible darles alcance, puesto que se reproducen todos los dias y á toda hora; si están formalmente prohibidos en el índice romano por las materias de que se ocupan: y si por otra parte, lo están á todas luces conforme á las reglas de la sana moral?

Esta complicidad, Venerables hermanos é hijos nuestros, nos obliga á exclamar con el citado Apóstol San Juan:² *En verdad que ahora hay en el mundo muchos Anticristos.* Et nunc Antichristi multi facti sunt. Porque si el escritor blasfemo, merece en todo rigor, como lo habeis visto, el nombre de Anticristo, *Et hic est Antichristus:* los que con él cooperan, en propagar y extender sus designios, diametralmente contrarios á los de Nuestro Señor Jesucristo: ¿cómo podrán dejar de ser comprendidos bajo tan execrable nombre? ¿No trabajan ellos igualmente, si no escribiendo, sí de otros varios modos, en arruinar y destruir la virtud y eficacia de la Sangre del Divino Redentor, apresurando, ya que no con una cooperacion activa, sí con sus culpables y criminales omisiones, la extincion de las luces de la fé en las almas de sus hijos ó domésticos? ¡Ah! preciso es repetirlo, por mas que esto espante: *Et nunc Antichristi multi facti sunt.*

1 Serm. de convers. S. Pauli.

2 Ep. 1^ª c. 2 v. 18.

Si la voz de la sangre de Abel, clamaba pidiendo á Dios venganza contra el fratricida, que la derramó quitando á aquel la vida temporal: *La voz de la sangre de tu hermano, clama desde la tierra hasta mí:*¹ ¿Cómo la sangre de tantos Abeles, es decir, la condenacion eterna de tantas almas, originada y causada por aquellos criminales descuidos y condescendencias de los padres y superiores, dejará de clamar desde el fondo del infierno, contra los parricidas y fratricidas, que han sepultado en aquella eterna cárcel, á esas mismas almas, de quienes debian haber cuidado, para que por medio de la verdadera fé, que por su culpa perdieron, hubieran sido acaso algun dia, otros tantos bienaventurados en la gloria? Verdaderamente esto es terrible, amados nuestros: pero por mas terrible que sea, forzoso es, que si sois católicos, convengais, en que á la vez que terrible, es lógico é indeclinable.

Bien sabemos, por lo demas, que arrojada esta nuestra palabra en medio del aturdimiento, en que voluntariamente viven muchos cristianos de la época, algunos la calificarán de demasiado estricta y dura; y otros de que peca contra *la libertad del pensamiento*, especie de dogma moderno, por nadie mas desmentido á cada paso, cuando no conviene á sus miras, que por los mismos que lo proclaman á todas horas y en todos tonos, como en estos dias acaba de verse, en la terrible oposicion, que se ha hecho por la parte no católica de la Asamblea francesa, á la ley que establece la libertad de la enseñanza superior, monopolizada hasta aquí por el anticatólico *racionalismo*.

A los primeros, es decir: á los que católicos todavía, piensen, que la doctrina de su obispo es demasiado rígida, solo dirémos: que cuanto llevamos expuesto sobre la enormidad del crimen de la blasfemia, sobre el reato del desgraciado escritor, que tonta por su cuenta acreditarla y propagarla; y sobre la complicidad en el mismo crimen, de cuantos pudiendo y debiendo impedir su propagacion, no la impiden, todo, todo ello está tomado de la purísima corriente de la doctrina católica, que comenzando en el Evangelio, y en los inspirados escritos de los Santos Apóstoles, continúa despues sin interrupcion por medio de los Santos Padres y luego por el conducto de los Doctores de la Iglesia, hasta San Alfonso María de Liguori, último declarado solemnemente tal por la Iglesia misma.

¹ Gen. c. 4 v. 10.

A los segundos, que piensan y juzgan de la Iglesia de Dios, como de cualquiera institucion humana, y que por lo mismo la acusan de bastardas miras en su oposicion al absurdo principio de la *omnímoda libertad del pensamiento*; solo pedirémos que nos expliquen: ¿cómo es que en todos los países, en que sus teorías llegan á revestir la forma de la ley, encadenan mas ó ménos la voz de la Iglesia, y sujetan la enseñanza católica con tales trabas, que si Dios no proveyera á la propagacion y sostenimiento del catolicismo, tiempo há que éste habria desaparecido de sobre la tierra? ¿Cómo es, por el contrario, que en los países verdaderamente heterogéneos en creencias, y en que la libertad del pensamiento es un hecho, y no una teoría hipócrita para perseguir la única religion que en otros se profesa; el catolicismo se contenta con ejercer pacíficamente esa parte de verdadera libertad que le cabe en suerte, propagándose y extendiéndose prodigiosamente á su sombra, sin pretender jamás que se menoscabe en las leyes la libertad de los otros cultos? Ejemplos de lo primero son la España y la Italia, la Francia, la Bélgica, la parte Católica de Alemania, y todos los países hispano-americanos. Muestras de lo segundo, son la Inglaterra y los Estados-Unidos de América, en que el catolicismo hace los mas rápidos progresos, bajo la egida de la verdadera libertad.

Por otra parte: ¿es acaso la Iglesia Católica, quien ha inventado y ejercido por primera vez en el mundo, el derecho de represion del pensamiento impío, ó simplemente contrario á las creencias de cada país? La historia de todos los pueblos responde negativamente á esta pregunta, presentándonos en cada uno multitud de leyes y de hechos represivos, que prueban hasta la última evidencia, la posesion en que siempre han estado, de reprimir y poner trabas á cuanto en ellos se ha creído ofensivo así á la Religion como á la Moral. Segun el testimonio de Josefo, Ciceron, Plinio, Valerio Máximo, Arnobio, Nicéforo y Erasmo, citados por San Alfonso María de Liguori,¹ fueron muchos y repetidos los casos de esta represion y prohibicion severa de los libros de lectura perniciosos, entre los Hebreos, los Sirios, los Griegos y los Romanos, hasta el grado de que entre estos últimos, el Pontífice Máximo, segun Tito Livio,² estaba autorizado por las leyes para examinar, con-

¹ De prohib. lib. c. 1.^o.

² Lib. 10 Dec. 10.

denar y entregar á las llamas todos los libros y escritos, que considerara perniciosos á la Religion y á las costumbres. Si, pues, el ejercicio de este derecho, tan necesario para la tranquilidad pública, ha estado siempre en uso en las naciones cultas, aun en aquellas que precedieron al cristianismo: ¿cómo atribuir á la Iglesia su invencion, desentendiéndose para esto de la historia de todos los siglos?

Parécenos, Venerables hermanos é hijos nuestros, haber cumplido, cuanto lo permite la naturaleza de una carta Pastoral destinada á toda clase de lectores, aún á los menos instruidos, el deber en que nos encontrábamos de exhortaros vivamente á la detestacion del crimen de la blasfemia; y sobre todo á que os preserveis de la maligna influencia de la blasfemia escrita, cerrando las puertas de vuestras casas á los periódicos y folletos impíos, por cuyo medio se propaga y se difunde con tanta rapidez, que conforme al juicio del Soberano Pontífice, esto es principalmente en lo que consiste, así la malicia del mundo actual, como el supremo de sus peligros, por la especial y sacrilega provocacion de la cólera Divina, con que por ese medio se atraen sobre el mundo mismo, desgracias y castigos sin cuento. Os hemos igualmente exhortado, á que así como debéis cerrar vuestras casas á tan peligrosa seduccion, apartéis tambien de ella vuestros ojos, absteniéndos religiosamente de la lectura de aquellas producciones, que son un veneno para vuestras almas.

No nos resta, por tanto, otra cosa, que encomendar otra vez nuestra palabra á la especial proteccion de aquella singular criatura, á quien la Santa Iglesia llama con el nombre de *Madre del temor Santo*, para que alcanzándoos de su Divino Hijo las gracias necesarias para la vida cristiana, camineis por ella poseidos de ese *santo temor de Dios*, tan olvidado en la época presente, aún por muchos que, sin abjurar de su religion, se forman á su antojo no sabemos qué idea del cristianismo, como si su práctica no exigiera en los que lo profesamos, una vigilancia continua, para no dejarnos arrastrar por los principios y las máximas de un mundo, que si en todos tiempos, segun el Eyangelio, ha sido el antagonista y el enemigo de Jesucristo, lo es especialmente en el presente siglo, cuyo tema constante y cada dia en creciente, es conculcar, despreciar y abolir, cuanto en diez y nueve siglos de civilizacion cristiana, ha sido para los hombres objeto de admiracion, de veneracion y de consuelo.

Apoderaos, Señora, *Asiento de la Sabiduría y Auxilio de los cristianos*, apoderaos de esta palabra, que vos podeis hacer singularmente fecunda, obteniendo para ella la gracia, que la haga triunfar en los corazones de los fieles de esta Diócesis, á fin de que dé por fruto el iusto y cristiano horror á la blasfemia, con que á cada paso es ofendido vuestro Divino Hijo, y la Santa é inmaculada Religion, que vino á enseñarnos, cuando en vuestras purísimas entrañas se hizo hombre para conversar con los hombres. Sois la Reina de los Apóstoles: y así como con este carácter, alentásteis y consolásteis en el Cenáculo de viva voz y con vuestro ejemplo á aquellos primeros *vasos de eleccion*, para que llevaran á todas las naciones el nombre del Dios, que se revistió de nuestra carne en vuestro vientre virginal; así tambien en esta ciudad y su distrito, tomásteis por vuestra cuenta amparar y proteger, por medio de vuestra Sagrada Imágen del *Pueblito* á los varones Apostólicos, que en el siglo diez y siete y parte del diez y ocho, acometieron la laboriosa tarea de extirpar del todo la idolatría, de formar y educar á los pueblos en el temor del Señor, y de enseñarlos á acatar y observar su Divina ley. Obra vuestra fué, Señora, esa feliz y envidiable educacion cristiana, así de esta ciudad, como de los pueblos que ahora componen la Diócesis, merced á la que, los hijos vivian perfectamente sujetos á sus padres, respetando sumisamente su voluntad, y disputándose entre sí la palma de la obediencia, á los que les dieron el sér: las doncellas tiernas y recatadas, trabajaban dentro de sus casas, sin buscar ni aspirar á distracciones, en que pudiera peligrar su corazon piadoso é inocente; y los padres y las madres, en ninguna cosa se gloriaban tanto, como en su honradez, religiosidad y buen nombre.

Así, pues, como la palabra de aquellos hombres santos, fué poderosa, desde que Vos la secundásteis, para producir ese bienestar cristiano en nuestras poblaciones: así tambien, sin atender á la notoria indignidad del presente instrumento, secundad la nuestra, para que los actuales fieles de esta Iglesia, volviendo sus ojos hácia aquella época, se avergüencen y confundan saludablemente de la espantosa degeneracion en que ahora viven.

Y vosotras almas puras y heróicas de los Margil de Jesus, de los Lináz, y de tantos varones verdaderamente apostólicos, que en los dos siglos precedentes, trabajásteis sin descanso por cimentar en este pueblo la fé católica de que fuisteis infatigables pregoneros: desde el seno